

Introducción a la realidad fantástica

HERNAN POBLETE VARAS

I

En “La Verbena de la Paloma”, zarzuela de Ricardo de la Vega, con música del ilustre Manuel Bretón, estrenada a fines del siglo XIX, dos vejetes (el boticario y el enamorado de las chulapas) cantan un pintoresco dueto:

Hoy la ciencia ha adelantado
que es una brutalidad,
que es una barbaridad,
que es una bestialidad.
El aceite de ricino
ya no es malo de tomar:
se administra en pildoritas
y el efecto es siempre igual.

En “Doña Rosita la soltera”, poema granadino del novecientos según lo define su autor, Federico García Lorca, introduce un personaje, el “Señor X”, catedrático de Matemáticas, quien celebra las hazañas de un automóvil que “se lanza a la fantástica velocidad de treinta kilómetros por hora” y califica de mártires a dos motoristas muertos en un accidente: mártires de la ciencia “que serán puestos en los altares el día en que venga la religión de lo positivo”.

Tales personajes, creados con humor muy español a más de treinta años de distancia uno de otro, encarnan el espíritu de una época que se sentía tremendamente segura de sí misma. Es la “belle époque”, llena

de optimismo y de la curiosa sensación de que todo estaba logrado. En los talleres crepitaban las máquinas tejedoras, las imprentas, los ingenios mecánicos. Grandes paquebotes surcaban los mares, y los trenes recorrían los caminos del mundo con sus penachos de humo y vapor que eran símbolo del progreso. Se había llegado a una consumación y no parecía necesario nada más allá de la perfección lograda y suficiente a los ojos de la multitud asombrada de sus propios éxitos. Lo que no impedía que, en el fondo de increíbles laboratorios, un pensamiento siempre nuevo y no siempre comprendido, siguiera su curso.

Por ese juego de los contrarios que anima tantos acontecimientos en las más variadas instancias, en aquel tiempo de certidumbres y de comfortable sensación de logro y plenitud, advinieron los fundadores de un género literario que hoy llamamos “de anticipación”, o “fantaciencia”, o “ciencia-ficción”. No estaban solos ni provenían de generación espontánea. Tenían también sus ancestros, procedentes de las diversas utopías, desde la República de Platón, pasando por la ínsula de Tomás Moro (visitada más tarde por Samuel Butler), hasta las ensoñaciones poéticas, como los viajes de Cyrano a los Estados del Sol y de la Luna, o la cabalgata quijotesca en el maravilloso Clavileño. De bromas o de veras, por la vía fantástica o la sátira, el hombre imaginaba con ojo abierto hacia lo impredecible. Está en la naturaleza humana este soñar que algunos llamarán escapismo y que ilumina con originales resplandores la infancia del individuo y de la especie. Quizás sea el peso de la envoltura corporal o la conciencia del propio destino —ese “de morir habemos”— lo que nos impulsa a buscar una salida si no inmortal al menos liberadora de la perpetua condena a lo presente y a lo efímero, y nos mueve a traspasar los límites de la realidad concreta para darnos a la tarea de inventar mundos y suponer aventuras en que hay un vestigio de trascendencia, de una superación del perecedero momento presente, para prolongarlo y proyectarlo en un nuevo universo que perpetúe, siquiera en la fragilidad de las imágenes, este permanente dejar de ser que es nuestro sino.

II

Desde un punto de vista literario, el término más apropiado para el género narrativo descendiente de las utopías es el de “Literatura de anticipación”, por su contenido futurista. Mejor le corresponde, sin

embargo, el de “ciencia-ficción”, pues contrapone dos elementos que se conjugan en el caso de nuestros profetas de la ciencia futura.

Nuestros antepasados inmediatos pensaron que habían alcanzado un racional equilibrio, un *non plus ultra* de la evolución tecnológica. “Los grandes descubrimientos”, como solían decir, traían consigo una sensación de reposo: todo estaba consumado y detenido en una grandeza insuperable. ¿Qué más se puede esperar —parecían preguntarse— cuando se cambia el huso y la rueca y el telar de pedales por la admirable máquina tejedora, los cirios mortecinos por el alumbrado de gas, los veleros de pesada marcha por los navíos de vapor, la cansina diligencia por la locomotora? El hombre moderno, con su levita y su sombrero hongo, se encaramaba sobre las cumbres de su propia grandeza: atrás quedaba el humilde pasado de los artesanos; adelante, un camino sólidamente establecido, parejo, reposado, sin sobresaltos ni sorpresas.

El año 1838 el polígrafo español Crispín Eyalieta publicó un “Diccionario de las invenciones y de los descubrimientos útiles en ciencias, artes y oficios, para instrucción y pasatiempo de la juventud” (Imprenta de Laplace y Beaume). En él se lee el siguiente artículo:

“*Volar*. El arte de sostenerse en el aire con alas facticias y sujetas al cuerpo ha hecho estudiar mucho a los hombres desde tiempos bastante remotos; sin embargo, hasta ahora nada se ha adelantado en la materia, y desgraciadamente parece que poco se adelantará en lo sucesivo”.

En la misma obra, Crispín Eyalieta termina sus comentarios sobre la historia de la imprenta con la siguiente observación: “Este arte ha llegado a un grado de perfección prodigioso, y parece no poderse adelantar más en él”.

Estos dubitativos “parece”, que incorpora a sus textos, no salvan a nuestro autor de la decadencia de su libro. Poco más de cien años han pasado y a despecho del pesimismo de don Crispín, los hombres vuelan a la Luna y las imprentas producen en una hora lo que antes en semanas y meses.

Una publicación destinada a la juventud enseñaba a comienzos de siglo que la velocidad alcanzada por los ferrocarriles modernos no podría ser aumentada sin riesgo de que la presión sanguínea, alterada por el vertiginoso desplazamiento de los cuerpos, hiciera estallar venas y arterias. Los hijos de los jóvenes que nutrían sus saberes iniciales en

aquella obra vuelan hoy en aviones cuya velocidad es tal, que llegan a sus puntos de destino antes que su propio ruido.

Crispín Eyalieta y la mencionada publicación no son los únicos *profetas al revés* que registra la historia. Años más tarde y en plena explosión científica encontramos otros paladines del profetismo negativo. En su libro "Autómatas inteligentes" Robert Gerwin cita dos casos notables: un astrónomo norteamericano llamado W.H. Pickering hizo el siguiente pronóstico, algo después del primer vuelo prolongado que practicaron los hermanos Wright: "Las gentes creen a menudo que, en el futuro, unas gigantescas aeronaves zumbarán a través del océano transportando un gran número de pasajeros, como lo hacen nuestros vapores modernos. En mi opinión, es seguro que tales ideas son puramente fantásticas, y si llega a ocurrir que una máquina aérea realice la travesía con una o dos personas a bordo, el elevadísimo costo de la empresa la haría prohibitiva para el ciudadano medio".

El otro caso es aún más extraordinario: "El tres de diciembre de 1945, el doctor Vannevar Bush, director del Servicio de Investigaciones de Proyectos Militares de los Estados Unidos sometió el siguiente informe ante una comisión del Senado: 'Se ha especulado muchísimo sobre la posibilidad de construir cohetes de despegue vertical, capaces de recorrer tres mil millas (cinco mil kilómetros). Personalmente, creo que tardaremos muchos años antes de verlos en la realidad. Estoy convencido de que ninguna persona en el mundo conoce los procedimientos técnicos para fabricarlos y, por supuesto, durante largo tiempo nadie podrá hacerlo'."

Esta profecía al revés tuvo como consecuencia que Estados Unidos abandonara los proyectos de investigación en cohetería, cediéndole el campo durante un tiempo a la URSS que pudo ponerse a la cabeza en materia de vuelos espaciales. Costó mucho dinero y muchos esfuerzos reponer lo perdido, hasta superar los avances soviéticos.

Los hechos han obligado a un cambio de actitud, y lo asombroso y lo actual en la comparación entre esos tiempos, todavía tan próximos, y los nuestros, reside en que ahora sabemos que no hay meta alcanzada y que nada es perfecto ni menos definitivo. El hombre ha cambiado fundamentalmente y ya no es concebible el reposo del que llega a una cumbre, sino la inquietud del que completó una etapa que es sólo umbral de la siguiente. Ahora el hombre experimenta el asombro de su propio progreso y comprende que el movimiento iniciado por la ciencia y la tecnología es prácticamente imposible de detener, y que el desarrollo científico se autoacelera hasta el punto de que son imprede-

cibles, por la vía científica, las repercusiones de tal o cual descubrimiento de hoy en un mañana que quizás sea el próximo minuto. Ya no encaja el realismo en las proyecciones. Todo está por verse y no cuenta sino lo transitivo, ese permanente llegar a ser que es esencia del desarrollo.

III

En el laboratorio se está creando un futuro que no habría podido concebir ese antepasado nuestro que inventó la rueda y que, al hacerlo, dio origen a una tecnología cuyas consecuencias son impredecibles. Es conveniente, en la época de las computadoras y los ordenadores recordar a ese abuelo que por genialidad o por casualidad supo darnos el instrumento supremamente ordenador: el uso de lo redondo, que escapaba al hombre común de su tiempo a pesar de la visible redondez de la Tierra y su satélite. Es interesante situarse en la perspectiva de aquel que descubrió la rueda: un elemento extraordinariamente simple, que tenía la virtud de facilitarlo todo. Con alguna superficialidad, pensamos que ese hombre era un primitivo. A pesar de nuestros prejuicios de gente avanzada y progresista, debemos reconocer que ese hombre fue el primer científico y su leve descubrimiento, del que no hay historia, condiciona todo el desarrollo de la ciencia. Pues fue la rueda el elemento inicial de una cadena de mecanismos cuya última consecuencia actual es la máquina. No la modesta máquina de tejer o de navegar que estremeció a la humanidad hace apenas algo más que una centuria, sino la complicada máquina que calcula, parece meditar y da resultados de prodigiosa exactitud en los modernos cerebros electrónicos, esa máquina que permite la maravilla de los vuelos extraterrestres y también la respuesta instantánea a los problemas del laboratorio. Con perdón de los investigadores e inventores del presente, muy poco o nada de eso habría sido posible sin aquel ignoto antepasado que, aprovechando quizás el dato dado por los troncos de los árboles, fabricó un día ese artefacto ahora vulgar: la rueda.

Ahí comienza un proceso que se autoacelera en proporción geométrica con el correr del tiempo. Comentaba un ensayista que el mundo ha progresado más —en el orden de la ciencia y la técnica— en los años que van de Napoleón a nuestros días que en los siglos que van desde el comienzo de la era cristiana a la época de Napoleón. Este aserto, que nos asombraba hace una década, hoy parece emanar de la infancia científica, pues en los años transcurridos desde aquella obser-

vacación, el ritmo de las transformaciones es tal, que ya no sólo el pasado se añeja a velocidades siderales, sino el propio presente caduca a cada momento frente a las nuevas instancias del saber que modifica lo presuntamente actual en ese momento mismo. Proyectando esto al futuro, podemos predecir que dentro de los más próximos años nuestros conocimientos habrán envejecido hasta la senectud: no sólo aquellos que poseemos hoy, sino los que adquiramos en adelante.

Un relato norteamericano ejemplifica este fenómeno: Un grupo de cosmonautas parte en un cohete hacia un lejano mundo de la galaxia. La travesía es larga. Los navegantes se conservan mediante la hibernación: mientras unos montan guardia de días, meses o años, otros duermen en frígido sueño preservador. Periódicamente se alternan los equipos. El tiempo corre. La distancia impide las comunicaciones con la Tierra. El vuelo continúa hasta que un día, después de los años, el objetivo está a la vista. La aproximación es súbita. Si en ese mundo al que se acercan hay estaciones de radio, ya serán audibles. Los hombres recorren con curiosidad los diales de los receptores. De pronto, se escucha una música conocida. No hay dudas: es la vieja canción de saludo y parabienes tantas veces entonada en el planeta nativo que ahora es un punto en el espacio. La misma vieja canción, las mismas viejas palabras: "for he is a jolly good fellow...". Extrañados, los tripulantes se preguntan qué fenómeno es éste: ¿acaso los habitantes de este desconocido mundo están de tal modo familiarizados con la vida terrestre que hasta conocen la vieja canción y con ella los reciben? Y desembarcan: quienes los acogen son los miembros de una comunidad humana, de una vulgar comunidad humana con todo y banda de músicos. ¿Qué ha ocurrido? Nada, sino los resultados del desarrollo científico. Mientras ellos navegaban por el espacio hacia el remoto objetivo en una trayectoria de años, la gente de la Tierra descubrió medios más rápidos. Y así, los que partieron más tarde viajaron a mayor velocidad, llegaron antes y constituyen el comité de recepción que entona himnos de bienvenida, mientras los anticuados navegantes arriban.

Retrocedamos poco más de cuatrocientos años e imaginemos que tras la partida de Colón desde Puerto de Palos, se hubiera puesto en marcha un navío impulsado por poderosos motores: sin duda los tripulantes de esta nave habrían podido asistir desde tierra al desembarco de Colón en Guanahani. Si en 1492 esto habría parecido cosa de brujería hoy ya no lo parece ni lo es, ni menos lo será mañana, en ese futuro cuyas perspectivas difícilmente podemos intuir.

En una conferencia sobre Tecnología e Integración en América Latina, el ingeniero Raúl Sáez da algunos testimonios de este proceso: está demostrado que el conocimiento se duplica cada doce años: "Esto significa que en los comienzos de los años treinta el conocimiento científico no era más de un octavo del saber actual". No menos asombrosa resulta la reflexión, ya algo anticuada, de Oppenheimer: "Pien- sen que de todos los hombres que en el curso de la Historia han aportado cosas nuevas en el campo de las ciencias, el 93% está actual- mente vivo". Una meditación personal de Raúl Sáez describe con eficacia el ritmo de esta aceleración: "A mediados de los años cuarenta, regresaba de Estados Unidos en un avión de aquellos que con mucha tardanza hacían el viaje de Nueva York a Santiago en cuatro o cinco días, según fuese la fortuna. Recuerdo que en la etapa de Arica a Santiago releía la carta que el conquistador don Pedro de Valdivia dirigía a sus apoderados en la Corte y en la cual daba cuenta de su viaje entre dicho puerto y Valparaíso. Decía: 'fue Dios servido de me dar tan buen viaje que, con embarcándome con la necesidad dicha y estar el navío tan mal acondicionado, en dos meses e medio llegué al puerto de Valparaíso'. No podía menos de reflexionar al leer esa narración que yo hacía el mismo viaje, 400 años después, a una velocidad media 300 veces mayor. En ese momento, no podía imaginarme que menos de 25 años más tarde, el hombre volaría a una velocidad 150 veces superior a aquella que me hacía meditar en las dificultades de Valdivia y de sus compañeros".

Este es el ritmo. Ya nada es permanente sino en la medida en que caduca y se vuelve historia. Ya nada es predecible, sino en la medida en que atribuyamos al futuro inmediato una potencia que no está en relación con la realidad comprobada del presente. En otras palabras: el que no sueña, desvaría.

Y éste es el punto en que la ciencia y la poesía se relacionan y engarzan por misteriosos caminos. Decir poesía es decir literatura en su más alta forma. Esto es: libre creación, vuelo del sueño alivianado de todo peso realista. La ventaja del poeta, de aquél capaz de crear en un acto libre del espíritu es evidente: mientras el científico ha de ceñirse a los concatenamientos de hechos, aunque los provoque y procure cabal- garlos, ese más puro inventor, que es el poeta, parte de una realidad propia que ignora y desprecia los hechos dados para encaramarse a cualquier altura sin necesidad de apoyo en la escalera de la lógica y el

sistema. Suprime las etapas, para soñar y crear en sueños o en la sobrevela maravillosa del ensueño, todo un mundo al cual en un mañana que puede ser hoy el científico se acercará con los cartabones de la verdad comprobada.

El acto creador, trátase de la invención poética o del descubrimiento científico, encarna una manera diferente de ver, un ver más lejos. Poeta, creador, profeta, son términos que se unen ya en la etimología, ya en una relación mágica. Puede que haya una poesía que se expresa en el lenguaje de lo que comúnmente llamamos poesía y otra que se expresa en el lenguaje del científico: soñador que vela, junto al rigor de la realidad comprobada, por la libertad incontrastable de su propio vuelo. El poeta vence, a su manera, prefigurando un mundo que no se atiene a la norma experimental; un mundo que espera, sin desearlo ni proponérselo, la comprobación *a posteriori* de la ciencia.

El milagro de nuestro hoy reside en esa aproximación entre el mundo de lo soñado y el mundo de la realización técnica. La aceleración del conocimiento científico parece acercar, en quién sabe cuántas décadas, al fenómeno de la intuición poética aquél de la comprobación experimental. Es una carrera de postas, en la cual el atleta que lleva los colores de la ciencia se aproxima al que sostiene los de la imaginación pura. Como en la vieja historia de Aquiles y la tortuga, esta carrera no se resuelve en un ganador: estáticos en su particular dinámica, ambos luchadores avanzan sin distanciarse, y permanecen. Conforme la ciencia entrega nuevos datos, la imaginación se apoya en ellos y salta a distancia mayor; pero tras ella continúa la ciencia persiguiendo el fugitivo objeto que la imaginación pura siempre le presenta. Es, a fin de cuentas, la consecuencia natural de la ambición humana que arrastra en pos de las ensoñaciones del idealista el proceso de la realidad actuante, en una perpetua carrera que sólo podrá terminar el día en que, detenido el primer competidor, nadie pueda continuar en la palestra.

V

Como en las historias de Alicia en sus países de maravillas, parece que todo puede acontecer y cada día estamos pasando a través del espejo de Alicia hacia un mundo nuevo e insospechado. Poseemos una sola clave: todo lo inesperado es esperable, y ésa es la meta más próxima.

Podríamos inventar una metodología de este proceso de lo *inespe-*

rado-esperable: aquella que, siguiendo la proyección de la ciencia y la tecnología del ayer inmediato al hoy y de éste al futuro más próximo, nos permita concebir para el futuro remoto una realidad que aunque nos parezca contradictoria o inaceptable respecto de lo presente, corresponda fatalmente a esas proyecciones. Cuando revisemos, más adelante, la obra de un autor "de anticipación", podremos examinar esa metodología de lo aparentemente absurdo aplicada a una investigación antropológica del porvenir.

Estamos dispuestos a adentrarnos en un mundo que apenas cabe en los sueños, pero en el cual los sueños caben, en el cual lo predecible tiene las formas de lo irreal y en el que todo lo establecido periclita y es sólo cenizas y pretérito. Nuestro hoy es de una tremenda fugacidad. Tal vez no tengamos todavía plena conciencia de ello, pues hemos debido adaptarnos con demasiada rapidez a estas instancias de la transformación súbita, pero basta una mirada hacia atrás para advertir que estamos lanzados en una aventura vertiginosa que ya no se puede medir con la prudente vara del sentido común.

Cada tiempo tiene sus profetas y en aquel en que el conocimiento científico era apenas una sombra comparado con el actual, gente hubo que soñó más allá de los hechos y los símbolos, y comenzó a medir lo desconocido con la vara de la fantasía. Creadores, profetas, poetas, inventaron mundos, métodos, sistemas, a veces perdidos en la selva de la imaginación, a veces encauzados por vías que entonces parecieron caminos de locura y que, observadas hoy, constituyen prefiguraciones de una realidad incuestionada. La galería de estos contemporáneos ideales (hombres que son de nuestro siglo por su anticipación al tiempo científico de sus propios días) abona lo dicho más arriba: esa extraña capacidad de ciertos hombres para soñar lo que el no-soñador, el hombre de ciencia, obtendrá generaciones más tarde.

El primer nombre que se nos aparece es el de Leonardo. Paradigma de la misteriosa fusión entre el artista y el científico, no es el artista aficionado a la ciencia ni menos el científico que cultiva un arte de día domingo: es todo junto, encarnado en un solo individuo, con igual genialidad en ambas vertientes. Si es una cumbre entre las cumbres del genio creador, también es una paradoja viviente: ¿cómo no dolerse de esos cuadros que apenas abocetó o dejó a medio pintar, o de los que concibió apenas y dejó morir en el papel de apuntes? ¿Cómo no dolerse de esos proyectos innumerables e inconclusos?, ¿de esa máquina de volar, cuyo arquetipo, según se cree, realmente volaba a despecho de las prevenciones formuladas trescientos años más tarde por Eyalieta?,

¿o de su máquina de guerra que era, en buenas cuentas, un tanque con caballos por motor?, ¿o de sus morteros, de su artillería en forma de ballesta; sus acueductos; su paracaídas no muy diferente a los de hoy; su estudio de la canalización del río Arno y el proyecto de esclusas semejantes a las del canal de Panamá, abierto en nuestro siglo; sus fortalezas y sus ingenios antifortalezas? Pero debemos dejar de lado al gigante, porque cultivó las artes plásticas y no las letras.

Los viajes imaginarios gozaron de gran predilección durante una larga época. Ya mencionamos a Cyrano de Bergerac, que conoció los Estados de la Luna y el Sol mediante originales sistemas de transporte. Ludovico Ariosto en su "Orlando Furioso", publicado en 1516, describe un filantrópico viaje a la Luna. Conforme a su versión, este satélite es el depósito de todo cuanto los hombres pierden en la Tierra. Allí van a dar los amores despechados, las lágrimas, los suspiros, los niños extraviados y el seso perdido. Orlando perdió el suyo a causa de la angelical Angélica, belleza casquivana que abandonó al célebre paladín por un oscuro adolescente moro. Como es propio de los célebres paladines enamorados, Orlando enloqueció. Su amigo Astolfo voló a la Luna en un cohete de dos etapas: la primera constituida por el Hipogrifo (veloz caballo volador) y la segunda por el carro de Elías, puesto a su disposición por san Juan Bautista en una paradilla que Astolfo realizó en pleno Paraíso. Llegó Astolfo a la Luna, encontró allí el seso de su amigo, encerrado en una redoma, y con él volvió Astolfo a la Tierra y Orlando a la razón. Todo esto nos hace sonreír, pero no faltan los que sostienen que Elías fue arrebatado a los cielos en un disco volador... Y si éstos existen, ir y volver a la Luna es para ellos cosa de minutos.

Cyrano y Ariosto no son los primeros soñadores, ni los últimos. El sueño de llegar a la Luna terminó en nuestros días, cuando Armstrong y Aldrin descendieron en el satélite, caminaron por él, cumplieron tareas sobre él, y sobre él reposaron con la tranquila conciencia del que ha puesto fin a una utopía con el sencillo y definitivo acto de convertirla en realidad.

¿Cuándo comenzó ese sueño? Tal vez con el primero de nuestros antepasados que anduvo en dos pies y que, como tenía la cabeza más libre y alejada del estrecho fragmento de corteza terrestre comprendido entre sus extremidades, alzó los ojos y observó en la misteriosa noche el gran espectáculo del astro que borraba con su esplendor la cohorte de las estrellas en el cielo, y los pavores nocturnos en la Tierra.

En el siglo II d.C. ya un escritor burlón nos habla de viajes espaciales, junto con una cantidad de embustes que tituló "Historias Verdaderas". Pero Luciano, como muchos de sus seguidores, más que la descripción de aventuras, buscaba satirizar a la sociedad de su tiempo. Fustigaba a príncipes y gobernantes y criticaba a sus coetáneos mediante el artificio de los viajes a imaginarios reinos extraterrestres o a las insulas en que se desenvuelven sociedades ideales o caricaturescas, como Liliput y Brobdingnag. A otros les seduce lisa y llanamente el encanto de inventar maravillas y se sitúan muy lejos del escritor de "ciencia-ficción", que debe mantenerse fiel a las reglas del juego que impone este contrapunto. El ensayista Alfredo Lefebvre dejó una buena muestra de estos últimos en su libro "Los españoles van a otros mundos", título que no se refiere a los conquistadores de las Indias sino a los fantásticos peregrinos del espacio. Sigámosle.

El primero de estos viajes imaginarios es obra del inglés Francis Goldwin y se titula "A Man in the Moon". Fue publicado en 1683 y, contra lo que podía esperarse, el protagonista no es un hijo de las islas británicas, sino español y sevillano: Domingo González. "A miles de kilómetros de altura —nos dice Lefebvre— Domingo González relata lo que ve, reflexiona sobre los fenómenos de la gravedad que experimenta, dentro de las ideas de los días de Goldwin, defiende algunos puntos de la doctrina de Copérnico, desprecia las concepciones referentes a la región del aire y del fuego". Dos detalles hay que subrayar: primero, las apoyaturas científicas de Goldwin en su fantástico relato (fenómenos de la gravedad, teorías de Copérnico, rechazo de las ideas sobre regiones ígneas y aéreas) y segundo, el paisaje terrestre que Domingo contempla desde su vehículo conducido por gansos, se parece notablemente a lo observado por los astronautas reales y concretos de nuestros días.

El siguiente viajero es don Lorenzo Hervás y Panduro, abate que escribe en 1793 una historia más ambiciosa y con fines moralistas: "Viaje estático al mundo planetario". De pronto aparece en él la virtud profética, que Lefebvre recalca: "Sobre Marte y los marcianos, con nuestro abate de conductor, vamos a tener la misma suerte del Mariner IV. Discurrirá dificultades para ver dichos extraterrestres: sólo en espíritu o 'con mente fantasmal' se encuentran en Marte. Sólo la mente, los sentidos no están en el planeta rojo. Caímos en la invisibilidad marciana. Nos recuerda la aventura del cohete norteamericano: foto-

grafió rocas muertas en Marte, pero al cabo de un instante de perturbación y pérdida de contacto con la Tierra. Entonces alguien dijo que los marcianos decidieron desviar al Mariner IV para que solamente registrase las zonas desiertas y no las grandes poblaciones marcianas de alta y viejísima civilización”.

Algo hay que agregar a la observación de Lefebvre: muchos años después de publicado el libro de Hervás y Panduro, el escritor norteamericano Ray Bradbury compuso un misterioso y melancólico relato en el cual los marcianos son descritos como *almas*, como sutiles espíritus que se esfuman en la soledad de las montañas; fugitivos espíritus cuya presencia reaviva la memoria de lo que un día *fue* el planeta Marte.

Sigamos a Lefebvre en un último viaje, el de Tirso Aguimana de Veca, publicado en 1870: “Una temporada en el más bello de los planetas”. Se refiere, por cierto, a Saturno, el planeta con anillo de bodas. La fantasía de Aguimana de Veca tropieza, de pronto, con una realidad anticipada: el sistema de iluminación de las ciudades saturnales que prefigura, con creces, cuanto pudo soñar Edison años después de publicado el libro del español: “La luz venía de un enorme globo de vidrio que aparecía colocado en el cielo por su elevación. Este globo, que cuadraba precisamente en el centro de la ciudad, estaba sostenido por altísimas columnas que, arrancando de los arrabales y encorvándose graciosamente sobre sí mismas, remataban en un grande anillo, en medio del cual estaba colocado el globo”. ¡Qué porvenir para nuestras modestas luminarias!

Apenas anterior al relato de Aguimana de Veca es la magistral fantasía de Edgard Allan Poe: “Las aventuras de un tal Hans Pfaal”, que describe un viaje a la Luna con cantidad de detalles científicos prefiguradores de las actuales novelas de ciencia-ficción. Dos rasgos sobresalientes cabe mencionar: el método que Hans Pfaal emplea para dar impulso inicial a su vehículo, que no habría podido vencer la fuerza de gravedad con la sola propulsión de un globo lleno de gas, y el hecho de que esta narración se inspira directamente en las aventuras de Domingo González, que Poe no atribuye a Francis Goldwin, pero que identifica con honesta minuciosidad.

El cuento de Poe, a pesar de la fantasía, se apoya en los principios científicos de la época. Gran observador y mente sistemática como ha habido pocas, Poe se sitúa en una línea fronteriza entre la imaginación y la metodología de nuestros modernos autores de anticipación. Si su relato nos conmueve hoy no es sólo por la marca del genio sino por el

rigor con que procura ceñirse a las realidades establecidas por la ciencia.

Aún quedan otros ejemplos de estos viajes. Pensemos en Julio Verne y sus novelas "De la Tierra a la Luna" y "Alrededor de la Luna", y en Herbert George Wells y "Los primeros hombres en la Luna". De Julio Verne se habla largamente en nuestro tiempo, justo homenaje a un precursor cuyas invenciones literarias ha ido confirmando la ciencia contemporánea. En cuanto a Wells, su fantasía lunar llegó al ocaso definitivo con el desembarco de un par de hombres en el satélite... a menos que éste oculte cosas que los hombres no han visto.

Tales viajes, que parecen ser parte de la conducta humana, no son simples muestras de invención poética. Al cabo, el anhelo de transportarnos o de ser transportados al satélite no constituye mayor originalidad; por el contrario, pertenece a la esencia de todo hombre que conserve siquiera un ápice del noble impulso de soñar. Mañana, las agencias turísticas se llenarán de dinero ofreciendo románticas excursiones lunares: difícilmente habrá alguien que se sustraiga al encanto de tan espectacular perspectiva.

Es curioso observar cómo el satélite que embelleció amoríos y prestó su pálida luz a incontable número de poemas, pierde día a día sus prestigios sentimentales a medida que gana valores como futura base de operaciones en la navegación cósmica. Rápidamente, el astro de la melancolía va adquiriendo un destino nuevo y más prosaico: el de servir de plataforma y punto de partida para exploraciones planetarias, y de observatorio. Tal vez nuestros hijos ya no lo mirarán como el fanal idílico de sus noches de enamorados, sino como el sitio donde un hormiguero humano escruta los misterios de las estrellas y anuncia, con insoportable precisión, el tiempo atmosférico del día siguiente...

VII

Si es grande la progenie de los navegantes fantásticos que van y vuelven de la Tierra a la Luna y aun más lejos, el número de los precursores literarios que se adelantan a la realidad científica aumenta en los últimos siglos. Hay curiosos antecedentes entre los autores ya citados. Recordemos que Cyrano viajó a la Luna impulsado por cohetes, como prefigurando las hazañas de Werner von Braun, y que Hans Pfaal dio impulso inicial a su globo mediante una mina colocada en tal forma que los gases de la explosión iban derechamente a la base de la barquilla.

elevándola vertiginosamente: una manera de vencer la gravedad muy peregrina pero no del todo diferente a la que utilizan las naves Apolo. Julio Verne lleva casi a la perfección los sistemas de impulso al imaginar un cañón de grandes dimensiones que sirve para dar vuelo al vehículo en forma de bala en que navegan sus personajes. El método constituye una proyección descomunal de los principios balísticos contemporáneos y la idea, por fantástica que nos parezca, no carece de fundamento. Añadamos que Julio Verne señala como sitio ideal para el lanzamiento un lugar que está a pocos kilómetros de Cabo Cañaveral —hoy Cabo Kennedy—, utilizado por los científicos norteamericanos para el disparo de sus naves y no por simple capricho, sino porque es el punto más adecuado en todos los Estados Unidos. Aquí Julio Verne ya no imagina, sino determina con precisión científica la perfecta base de operaciones.

H.G. Wells, que se inclinaba más a la sociología que a la ciencia, no dejó grandes huellas en el terreno de la tecnología de anticipación, pero en cambio tuvo visiones que han llegado a formar parte de la mentalidad de nuestro tiempo. Pensemos en los OVNI, que tanto perturban a algunos escudriñadores del cielo y que han llenado páginas del periodismo espectacular desde 1947. Pues bien, los OVNI son protagonistas de la novela de Wells “La guerra de los mundos”, publicada en 1897, esto es, cincuenta años antes de que el piloto norteamericano Kenneth Arnold los describiera por primera vez como “platillos voladores”. Tan vívido es el relato de Wells que desde entonces el hombre ha conservado la imagen terrorífica de los invasores marcianos, seres gelatinosos y tentaculares, repulsivos e invencibles. La huella de la novela perdura en tal forma que aun ahora, a pesar de los avances científicos y del anhelo de comunicación con otros mundos, no podemos desligarnos de esas imágenes terroríficas cuando pensamos en la posible visita de un emisario extraterrestre.

Pero aún hay más: recordemos que los monstruos invasores son derrotados y destruidos por los virus y las bacterias con naturales a los hombres. Para los científicos de hoy, una de las mayores preocupaciones en los viajes espaciales es la contaminación que los hombres puedan llevar consigo a otros mundos o traer de otros mundos a la Tierra. Con lo que la fantasía de Wells se convierte en un vaticinio, tanto más turbador si se piensa que Wells *soñó* el argumento de su novela.

Pero de todos estos imaginadores es Julio Verne aquel cuya inventiva reivindican los hechos de nuestro tiempo, aunque en el suyo lo tuvieron por escritor de historietas y folletines. Su candidatura a la

Academia Francesa fue rechazada con escándalo: ¿Pretendía un componedor de novelillas increíbles unirse al club de los cuarenta inmortales? En escasos años, muchos de los que entonces lo condenaron han desaparecido no sólo de la vida sino de la historia literaria, mientras las fantásticas creaciones de Verne se convierten en realidad una tras otra y surcan, metálicas y concretas, cielos y mares. El primer submarino atómico guarda para la Historia el nombre de la nave del capitán Nemo; los helicópteros y las naves anfibias de "Robur el Conquistador" forman parte de la rutina militar; el equipo autónomo de buceo constituye hoy un deporte; "al rededor de la Luna" se navega hoy de verdad; la televisión que él describió es un objeto familiar en la vida de millones de personas.

La imaginación de Julio Verne buscaba apoyos técnicos. No era él una máquina de contar historias inverosímiles ni son sus novelas la versión finisecular de los cuentos de hadas. No encontramos en ellas lo maravilloso opuesto a la realidad ni hay *deus ex machina* que deforme o conforme caprichosamente las situaciones. Julio Verne parte de posibilidades teóricas que proyecta hacia consecuencias que si en su época parecieron fruto de una fantasía exacerbada, hoy nos parecen prefiguraciones de un mundo entonces futuro, pero concebible como proyección al extremo admitido por su genio creador. No fue un mero capricho lo que le hizo concebir un submarino como el Nautilus, o un aparato volador como el de Robur, o el cañón y la bala de los viajeros a la Luna, la televisión, el batiscafo, o la máquina de grabar sonidos. Fue el uso de los *datos dados* por la ciencia de su tiempo, con la suficiente liberalidad y un asombroso sentido del futuro lo que le permitió diseñar unas máquinas *imaginables* partiendo de esos datos. Nuevamente estamos ante la carrera de postas: nuestro novelista toma en sus manos el bastón que le ofrece la ciencia coetánea y avanza. Los años han pasado y la ciencia termina por alcanzarle al menos en algunos de sus tópicos, pero no en toda la amplitud de sus creaturas. Por ejemplo: no se ha fabricado aún el navío con que Robur señoreaba los aires. Más prácticos, nuestros técnicos han logrado crear el avión supersónico, el helicóptero de alta velocidad, el cohete tripulado, pero no han construido la majestuosa nave capaz de deslizarse lentamente por los aires y de detenerse en cualquier punto, suspendida en el espacio, mientras por su interior pasean centenares de viajeros contemplando desde cómodas y protegidas cubiertas el paisaje terrestre a la altura deseada. Nada hay comparable con este prodigio. Lo que más se le aproxima es el dirigible de Von Zeppelin, cuyo trágico destino conocemos. Con

pequeñas variantes, otros fantasmas de su mente tienen ya existencia real y en permanente camino de perfección, con lo cual la tecnología moderna ha demostrado que Julio Verne no escribía libros de aventuras, sino que aventuraba congruentes anticipaciones.

VIII

El don de prefigurar es uno de los atributos del Arte. Una vez le preguntaron a Picasso: “Usted, maestro, ¿qué busca?”. Y Picasso, encogiéndose de hombros, contestó: “Yo no busco; encuentro”.

La diferencia entre el científico y el artista acaso reside en que el primero *busca* y el otro *encuentra*. Esto no es un juego retórico, sino una verdad que tal vez se resista a ser vertida en las normas de la lógica, pero que experimenta todo creador. El “verso dado” de que habla el poeta francés, encierra ese misterio: el hallazgo, lo inesperado, que no es fruto de la maduración ni la experiencia, sino de una misteriosa aparición plenamente gratuita. He aquí lo que distingue al artista del científico: el encuentro y la búsqueda; el hallazgo y el logro; lo inesperado y el sistema.

El profeta es también el que encuentra, el que da con una verdad desconocida que se le revela espontáneamente, en un secreto acto de entrega. Para él se abre súbitamente un horizonte y puede ver más allá de la realidad cotidiana y de sus efectos inmediatos, más allá de la cáscara de lo presente, como si de pronto su ser intelectual se prolongara hasta ver y comprender lo que está fuera de la órbita natural del conocimiento.

Entre los años 1488 y 1561 vivió en Inglaterra una vidente a la que llamaban “la Madre Shipton” y a la que muchos tuvieron por bruja. A la Madre Shipton se le atribuyen singulares profecías, como el anuncio de la muerte violenta de Carlos I, el dominio de Cronwell, la peste y el gran incendio de Londres. Para nuestro caso, más que estos acertados vaticinios valen estos cuatro versos que ella compuso:

“Vendrán carretas sin caballos
y los accidentes llenarán el mundo de dolor.
Los pensamientos darán la vuelta al universo
en un abrir y cerrar de ojos”.

En el libro de Francis Goldwin hallamos algo parecido:

“Un día veréis a los hombres volar por sus propios medios, sin alas. Y sucederá que usted sin moverse y sin ayuda de nadie, podrá enviar mensajes a donde quiera, y tener la respuesta en un instante”.

La Madre Shipton vivió entre los siglos XV y XVI; Francis Goldwin en el XVII: ¿qué dirían de todo esto Edison, Graham Bell, Marconi y todos sus seguidores en la admirable historia de la electricidad y la electrónica?

Avancemos todavía, aunque nos acompañe la sensación de que, mientras más penetramos en el mundo de la ficción, más nos vamos introduciendo en la atmósfera del misterio que tal vez la ciencia disipará *después*.

Recordemos a dos autores contemporáneos, situados en la línea de Swift o de Butler, cuyas preocupaciones sociológicas priman sobre el elemento científico: George Orwell, que anticipa en su novela “1984” algunas situaciones políticas que no son extrañas a nuestros días, y Aldous Huxley que imaginó en “Un mundo feliz” algunos de los signos de nuestro tiempo, como la división de las clases sociales según un orden tecnológico, los métodos de educación, sugestión mediante sistemas electrónicos y el desplazamiento de la función maternal de la mujer a la máquina, cuyo inicio bien pueden ser la *píldora* y los hijos de la probeta.

Profetas descontentos y pesimistas, Orwell y Huxley describen una sociedad deshumanizada, víctima de una subversión de los valores, cuyos gérmenes ya están presentes. La anticipación sociológica y política es un tema apenas tocado, tal vez porque su carácter polémico la aleja del ambiente de la imaginación pura; pero tanto en las obras citadas como en “Mono y Esencia” de Huxley se anuncia no un mundo feliz, sino un mundo temible, agobiador, del cual ya están dados muchos síntomas.

Detengámonos, finalmente, en Ray Bradbury, escritor norteamericano que nació en época más próxima y coincidente con la etapa del gran desarrollo científico. Más allá de los sueños enraizados en la ciencia, Bradbury y sus fantasías proyectan la investigación sociológica y antropológica hacia el hombre del futuro, dueño de los elementos técnicos que le convertirán en amo del universo, mas no de su propia mente.

Para Bradbury, lo científico está superado y responde a aquel “todo es posible”. Consciente de la autoaceleración de los procesos

científicos y tecnológicos, considera dadas las condiciones del progreso que colocarán a sus personajes en situaciones humanas definidas por el medio ambiente que esos procesos van creando. Cohetes interplanetarios, automatismo casero, migraciones a otros mundos, son asuntos que él considera resueltos y que, por tanto, no analiza. Para él no existe la fantasía propiamente científica (la ciencia-ficción o fanta-ciencia) que enamora a otros autores. Bradbury nos pregunta: ¿qué pasa con el hombre? Y sus libros responden en este sentido.

La situación en que se coloca es, precisamente, la de la plena anticipación. Esto es: el supuesto de una etapa ya ocurrida y de la cual se parte hacia nuevas visiones, hacia nuevos acontecimientos que sólo pueden tener lugar cuando se han dejado atrás aquellos hechos que para nosotros todavía están en el mañana. Ni los viajes a la Luna, que fundamentan las creaciones de Verne y de Wells, ni la "Odisea del Espacio" de Clarke. Podría decirse que, en este sentido, Bradbury retrotrae las cosas a un punto inicial y que sus personajes, situados en el ambiente futuro de este planeta o de Marte o de Venus, equivalen —en cierto modo— a los personajes de las más antiguas historias de la civilización: el hombre recién creado, el bárbaro que enfrenta a las culturas europeas, o el turco en Atenas, o los conquistadores del Nuevo Mundo. En buenas cuentas, las invenciones de Bradbury son una reiteración de la historia de la Humanidad, proyectada ahora al ancho abanico que abre en el porvenir de los hombres el desarrollo tecnológico y la exploración del espacio. Su gran tema es la conducta humana y su arte es profética en la medida en que analiza esta conducta en el plano fantástico de las operaciones del hombre en el universo que conquistará en los años o los siglos venideros.

IX

En Bradbury se da con amplitud esa proyección al infinito de una realidad presente, saltándose las etapas que podrían constituir una secuencia natural. En las "Crónicas marcianas" vemos esa realidad encarnada en los soldados-técnicos capaces de guiar los enormes cohetes espaciales hacia el planeta rojo y la triste condición humana de estos héroes incapaces de entender la grandeza de un pasado que desconocen. Una escena, que posee la fuerza de un símbolo, expresa brutalmente la inquietud de Bradbury respecto de la conducta de los conquistadores de estrellas:

“De la garganta de Biggs salió un ronco ruido. Con la mirada turbia, se llevó las manos a la boca; cerró los ojos, y doblándose hacia adelante, vomitó un líquido espeso que cayó ruidosamente sobre las baldosas y cubrió los dibujos. Vomitó dos veces. Un penetrante olor a vino invadió el aire fresco de la noche”.

Este vómito de borracho sobre el viejo pavimento de una plazoleta en una dormida ciudad de Marte, tiene sus antepasados en la destrucción de la biblioteca de Alejandría, en el Partenón convertido en depósito de municiones, en la quema de obras de arte organizada por Savonarola, en la destrucción del imperio azteca por los conquistadores españoles, en los campos de concentración de Alemania y Rusia, en los asesinatos políticos, en la política de la violencia y hasta en el inútil roce de los bosques autóctonos.

Ray Bradbury se pregunta: ¿qué ocurrirá con la inveterada conducta del hombre cuando llegue con sus cohetes a otros mundos, quizás todavía inocentes y virginales? En la conquista del cosmos, ¿llevará solamente el hombre el maravilloso legado de sus progresos tecnológicos o transportará también consigo el triste legado de su concupiscente bestialidad?

En un comentario preliminar a su novela “Fahrenheit 451”, Bradbury nos ha dejado esta escalofriante reflexión:

“Al escribir esta novela corta, pensé que describía un mundo que podría aparecer dentro de cuatro o cinco décadas. Pero una noche en Beverly Hills, hace sólo unas semanas, se cruzaron conmigo un hombre y una mujer que paseaban con su perro. Me quedé mirándolos, estupefacto. La mujer llevaba en la mano una radio del tamaño de un paquete de cigarrillos, con una antenita temblorosa. Salían del aparato unos alambres que terminaban en un cono insertado en la oreja derecha de la mujer. Allí iba ella, olvidada del hombre y del perro, escuchando vientos lejanos, murmullos y gritos de folletines musicales, caminando como sonámbula; y el marido, que bien podía no haber estado allí, la ayudaba a subir y bajar las aceras. Esto no era literatura. Esto era un hecho nuevo en nuestra cambiante sociedad”.

En cuanto al hecho central de su argumento —la quemazón de libros— “Fahrenheit 451” no es algo sorprendente: quemaban libros en los tiempos de Hitler y obras de arte en pleno Renacimiento, y también

seres humanos con intenciones pías. No hay que hacerse ilusiones. La quema de libros es sólo el signo exterior de una tragedia. Lo trágico reside en esa generación estupidizada (alienada, diríamos en la terminología de moda) por un poder que inhibe toda oposición mediante la técnica del envilecimiento. Envilecer es peor que destruir. En sus campos de concentración, el nazismo procuró envilecer al hombre reduciéndolo a los últimos confines de la miseria. Semejante es la táctica marxista. El nuevo poder que Bradbury imagina, envilece y embrutece por otras vías, más fáciles y prácticas: impidiendo el silencio y la paz interior. Las paredes de imágenes parlantes, los pequeños caracoles que hablan en los oídos, la ficción de vida en que estos seres desdichados se limitan a existir, son un arma quizás más terrible que la humillación de Auschwitz, Buchenwald o el archipiélago Gulag. Lo trágico (y aquí reside el valor de denuncia de la obra de Bradbury) es que aquello es tan real como esto, y sólo es una anticipación en cuanto proyecta una verdad de hoy hacia extremos perfectamente sospechables si sólo consideramos el ruido que ahora nos rodea y nos impide el recogimiento, a través de las insulsas emisiones de radio, de la vacía televisión, del inescrupuloso cine comercial, de los parlantes callejeros, de la propaganda hablada, escrita o pintada que invade los hogares, el aire, las ciudades y hasta los paisajes, y mancilla cuanto invade con su beligerante adocenamiento. En medio de esta baraúnda, ¿cuánto tiempo tardaremos en estar sordos a toda voz interior, como Mildred y sus amigas de "Fahrenheit 451"?

La temática de Bradbury no reside sólo en el encuentro del hombre con los mundos inconquistados del cosmos. Más bien, podría decirse que éste es un extremo del proceso que preocupa al escritor. Más acá de ese extremo, en las proximidades de nuestra civilización presente, está el conflicto que los relatos de Bradbury exacerban y que, de hecho, ya estamos viviendo desde hace varias décadas: la relación del hombre y la máquina.

X

En "Autómatas inteligentes" Robert Gerwin señala que el hombre asume ante la máquina dos actitudes típicas que, en cierto modo, se incluyen y a la vez se contraponen. Por una parte, está la necesidad de auxilio, de simplificar la diaria rutina y acortar en propio beneficio las tareas cotidianas. Por otra, el temor a ser desplazado por la máquina.

Mientras dure el difícil proceso de adaptación, miles y miles de hombres correrán el riesgo de ser reemplazados. La "automación" significa menos brazos, menos fuerza de trabajo y, por tanto, cesantía para los que carecen de conocimientos o aptitudes técnicas. Esta es una realidad que no nos impide reconocer otro hecho: producida la adaptación, la humanidad se verá liberada de gran parte de la carga bíblica de ganarse el pan con el sudor de la frente. Ya lo vemos en el pequeño ámbito del hogar: la dueña de casa contemporánea dispone de una cantidad de auxiliares mecánicos que facilitan sus labores. Es una gran ventaja, sin duda. El peligro que Bradbury advierte viene enquistado en la ventaja: ¿qué ocurrirá cuando el ocio naturalmente producido por los eficaces auxiliares mecánicos caiga bajo el dominio de otro tipo de mecanismos: las máquinas de entretenimiento?

Aquí estamos de lleno en el drama que Bradbury plantea. Recordemos en "Fahrenheit 451" la obsesión de Mildred por poseer, como sus amigas, esa cuarta pared de la sala más que de ver, de vivir la televisión. ¿Es una locura, es un sueño imaginar una sociedad *alienada* mediante los artefactos de entretener? O, por el contrario, ¿son tan claros ya los síntomas en nuestros días que es posible concebir una humanidad dominada y embrutecida por estos pequeños monstruos domésticos cuya influencia, aparentemente banal, puede ser más penetrante y destructora que la peor de las drogas? ¿Qué ocurrirá cuando la mayoría se entregue por completo a la magia de ver y oír los paraísos prefabricados por los medios de comunicación social? ¿Qué ocurrirá cuando nuevos y desconocidos tiranos descubran la manera de controlar a la multitud por la vía de estos medios equivalentes al hashisch con que el Viejo de la Montaña esclavizaba a sus servidores?

Al fin de cuentas, Bradbury nos está advirtiendo sobre un peligro inminente: la deshumanización. Al proyectarla hacia un futuro imaginario, sólo prolonga algunos signos que son ya visibles en el mundo actual.

Podría creerse que Bradbury es un profeta determinista. Parece dar muy pocas esperanzas a la capacidad de redención que habita en todo hombre. En su obra, encontramos escasas y aisladas figuras de seres intocados por el embrutecimiento, como el arqueólogo Spender en "Crónicas marcianas", o la desdichada Clarisse MacClellan o Faber, el viejo conservador de libros, en "Fahrenheit 451". En algunos, asoma un atisbo de espiritualidad que podría dar ignorados frutos: el capitán Wilder y el bombero Montag. Más bien se diría que se complace melancólicamente en describir brutos irremediables: Biggs y Parkhill,

los profanadores de Marte: Mildred y Beatty, los esclavos del fuego. Su visión del futuro es dramática y apenas ofrece lugares para la esperanza.

Sin embargo, esas figuras aisladas, portadoras de un espíritu que quizás duerme, pero que conserva la capacidad de redimirse, nos recuerdan la frase bíblica: por un justo se salvará un pueblo. Así ocurre con esas imágenes nobles que Bradbury ilumina en sus caóticos relatos y que implican un proceso semejante a la "oscura noche del alma". Pensemos en el pequeño grupo de sabios que vagabundea junto a la abandonada línea férrea y que emprende el retorno a la ciudad cuando ésta es destruida por un bombardeo atómico, símbolo de la purificación que hará posible el resurgimiento del espíritu.

Ese puñado de hombres, marginados de lo establecido, ajenos a las leyes impuestas por el fuego, los sabuesos mecánicos y los múltiples opios de las máquinas de entretenimiento, constituyen el grano que muere para germinar, la esperanza nunca muerta mientras exista un hombre y en ese hombre aliente el espíritu. ¿Fantasías de Bradbury? Volvamos hacia los campos de prisioneros y la Iglesia del Silencio, hacia aquellos que han podido mantener un soplo de esperanza entre la incomparable miseria.

Tras las páginas amargas que proyectan al futuro la historia de los errores humanos, en el último capítulo de "Crónicas marcianas" vamos a redescubrir los rostros de esa esperanza: una familia ha escapado de la Tierra en ruinas, para reanudar la existencia, como en los albores de la humanidad, junto a los canales de Marte. Imagen del emigrante, traspasada al porvenir remoto, esta familia inicia una nueva vida en una patria nueva. En medio del silencio y la soledad, en la vaga luz de la noche marciana, asoman y reflejan sus rostros en el agua tranquila de los canales, como un símbolo del futuro que nos evoca una vez más el espejo de Alicia y sus cautivantes invitaciones abiertas a la eterna aventura del Hombre.